

El núcleo de las estrellas

Altair Martins

(Traducción de Soledad Mernis Fernández)¹

*Porque es, de hecho, entre otras,
la percepción del contorno
una de las más nobles
funciones del Puente de Varolio.
Constanzio Varolio*

No obstante la lluvia de gotas largas, casi añicos de espejo, noto, un tanto aturdi-
do, que nadie se moja. Entonces paso a prestar la debida atención a la cosa-nueva, eso
que es simplemente la lluvia y las personas secas, y descubro que la mayor novedad es el
hecho de que ninguno se da cuenta ni de las dos, ni de las dos en una.

Después vuelve el sol, y un brillo intenso indica el vapor de los hombres. Es cuan-
do las personas pasan a modificarse espectralmente, derramando sus contornos: la masa
corporal se derrite, y todos adquieren, en un decir menos intuitivo que técnico, la belleza
de la llama. Es entonces que el sol, un sol aguado de Onetti, retoma su plenitud cítrica de
ocaso, y las personas tienen hambre y fosforescencia.

En semiótica, Peirce denomina tales imágenes fluidas de índices, como las som-
bras y las siluetas, en su naturaleza algo líquida e inexacta.

Estas son las primeras consideraciones del narrador, todavía recorriendo la alame-
da entre el Instituto de Física y el de Matemáticas.

1. Altair Martins (Porto Alegre, 1975) es doctorado en Letras por la Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Es Profesor de la Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul (PUCRS). Ha escrito cuentos, novelas así como textos para teatro. En lengua española le edita Adriana Hidalgo la novela *La pared en la oscuridad* (Prêmio São Paulo de Literatura 2009). *El núcleo de las estrellas*, publicado originalmente en el libro *Enquanto água* (2012), se encuentra ya traducido al inglés y al húngaro. www.altairmartins.com.br

Soledad Mernis Fernández es montevideana con raíces en el interior del país. Periodista en diversos medios, fue editora y redactora responsable durante cuatro años del mensual "Vientos del Paso Molino y Belvedere". Algunos de sus poemas han sido publicados en la serie ODISEO (I al IV) en Montevideo. En Buenos Aires fue finalista del Concurso 2005 de Editorial Nuevo Ser, formando sus poemas parte de la "Antología: Poesía y Narrativa actual". A punto de culminar su Licenciatura en Letras en FHCE (Udelar), incursiona ahora en la traducción de escritores brasileños.

A él, doctorado en semiótica, nada le había llamado tanto la atención desde que viera, por Internet, el anuncio de una estrella que había muerto hace miles de años-luz de su percepción. Y entonces es como si una dimensión nueva se abriese en ese instante y le bastase para escapar de aquella estructura bastante firme que le aseguraba en la bolsa externa, un tanto vertiginosa, de la realidad. Y por lo tanto la lluvia de espejo, no alcanzando la masa corpórea de las personas, pone en duda la red de relaciones entre hombres y la lluvia-ella-misma, un yo y tú para Martín Buber.

Pero el efecto plasmático, término de Langmuir, deja al narrador perdido en una categoría de ceguera algo semejante a un astigmatismo brutal: la trasposición de los contornos produce un desbordamiento de los colores esenciales, un efecto tal de dilución como ocurriría en toda mezcla, si el solvente excediese lo disuelto. Ahora vea: viene la lluvia de espejo y el agua disuelve lo que los hombres concentran. Un agua tan pura como invisible. No moja, apenas refleja. Y entonces las personas se diluyen y el desconfort parece venir del hecho de que las siluetas difusas no se imponen por la sugestión, sino por la afrenta. Las manchas se van componiendo de los mismos colores catalogables que tenían los cuerpos cuando todavía eran cuerpos. Y, mirando sus manos, es evidente para el narrador que él ya no retiene ni un color ni un volumen: es un garabato más que camina por el salón de clases a su escritorio, en el campus I de la Universidad. Y todo aquello le representa una adecuación confortable a la vacuidad de cada individuo y una fuga incesante de cada línea que vuelve a las personas muy distintas entre sí.

Casi llega a su escritorio y ya nota que el vaciamiento humano se expande con la falta limítrofe de los contornos. Limítrofe, porque enseguida otros profesores se cruzan con el narrador y hablan cosas distintas venidas de la misma mancha que los mezcla en una coautoría discursiva de Julia Kristeva.

El narrador esboza la primera hipótesis en un cuaderno tan pronto se encierra en el escritorio y va hacia la ventana, de donde ve en el pimentón humano en que las personas se mezclan y palidecen para casi un mismo tono. El ángulo de visión le permite entrever que no se trata de una expansión plana, sino por el plano imaginario euclidiano, perpendicular, de las artes plásticas. Al contrario: de cada ángulo de visión, se modifican las impresiones de la imagen, sensación fantasmagórica, bajo el efecto de la incidencia de la luz.

De ahí le resulta la hipótesis, casi certeza, de que las manchas reproducen dilatación volumétrica, yendo del centro de las representaciones humanas a la realidad externa, en graduación de colores. Las personas cercanas forman una malla de interrelaciones casi invisibles, pero significativas y mezcladas; se vuelven un género, algo inevitable, ni feo ni bello, y asustador.

Y con todo se presentan sorprendentemente felices, dando la impresión, suave y sofocante, según George Perec, de estar sin músculos ni huesos. Después del esbozo de esa prueba, le falta al narrador entender por qué razón la mancha general basta para añadir euforia a la normalidad.

Al arrancar el auto, él nota ya el diluvio humano que alcanza las calles. Las personas se vuelven luz, fluídas como la parte del aire cantada por Paez. Y entonces el narrador no cabe en el auto y conduce por entre globos humanos y una algaraza polifónica de Bakhtin.

En casa todo es preparación para la fiesta de casamiento de la cuñada. Los niños están en el apartamento de la abuela materna, donde pasaron la noche, y la empleada viene a preguntar si el narrador quiere que le sirva café. La mancha diligente de la empleada, tan color de tierra clara, casi sólida al centro, se va volviendo calvinamente leve en los extremos hasta desvanecerse, evidenciando la discreción de la mujer que le cuida la casa. Y la empleada se vuelve hacia el narrador y le pregunta de nuevo, ya mezclando colores como el viento que revuelve los granos claros sobre la superficie más oscura, y positivamente el profesor acepta, sí, necesita un café, gracias. Entonces la empleada flota en un cuadro de Chagall. El narrador se derrama sobre la mesa, una mancha muy cansada, y acompaña el dibujo que enciende el fuego y se vuelve difuso al punto de permitir acompañar todo lo que hace, los caprichos, en una transparencia toda dedicada que antes el narrador apenas podía sospechar.

Después, el narrador se baña en y lejos de la ducha, porque ya se siente en tres habitaciones de la casa, desnudo y, más que expuesto, en la tercera naturaleza de Paracelso, sutil entre el espíritu y el cuerpo. Él ya está mezclado con la empleada, que le prepara en el cuarto de al lado, las ropas para el casamiento. Y, antes que el narrador saliera del baño, percibe, en la puerta del fondo, la presencia de la esposa que lo invade. Y, cuando es besado, en la puerta del cuarto, el narrador siente un honesto enojo, porque la esposa, aunque esposa, se va tornando demasiado envolvente y paradójicamente menos suya. (Es evidente que otros la tocaron). Y entonces transitan los dos por una extrañeza nueva, de una libertad privada, que no es otra cosa que un pasaje de Maquiavelo: antes de aquella ocupación vivían, aunque casados, en el respeto a sus propias leyes. Ahora ella entra en el baño, y en cuanto parte de él se baña, parte de ella se viste. Envueltos en todo aquello, ya lavan con la empleada la loza en el piso de abajo, y la sienten también en el baño, también en el cuarto. Y, pensando consigo, pensando con ellos, ya se imagina haciendo el amor con ella, más ella, y se prevé, dentro de la realidad que los torna completamente permeables, sofocado o ahogada, indefinidamente muertos. Y descubren que no hay cómo no despedir a la empleada.

Y con todo parten para la iglesia, como padrinos del casamiento. Y arrastran parte de la empleada hasta la esquina, donde ella desaparece, diluída en el fermento de los colores primos, nuevo parentesco elemental de Levi Strauss.

En la iglesia, todos sienten el mismo calor. Cristo no hace distinción alguna: son todos hermanos sin secretos, y se casan no sólo los novios, sino todos los invitados, inclusive el sacerdote, que también tiene voz en el sí colectivo. Allí ya se sienten en la fiesta y el narrador imagina con todos que aquel casamiento será el primero a cuya luna de miel los invitados ya comparecen. Pero, al cortar la torta, también el narrador está llevando a los invitados para la casa, donde, supuestamente tomada como la de Cortázar, cabrán todos los de todas las casas donde él y la esposa también caben. Y ya no siente enojo hacia la mujer, porque es como si ella no existiese o coexistiese, y las cosas del mundo cristiano se pudiesen cumplir en la idea de hombre y mujer como uno solo. Y el narrador sonríe, porque tampoco siente ya enojo consigo mismo y puede gozar masturbándose en una masa común que engulle todo, sin fronteras entre un individuo y otro. No le asombran, por eso, las ideas tristes que se obstinan en aparecer, porque el narrador acepta/hace aceptar el natural egoísmo del pensamiento humano, opuesto a la inercia y al estancamiento. Comprende/es comprendido que hay mucho que entender en aquella expansión del hombre tan opuesta al humanismo, por ejemplo si se trata de una expansión del sujeto o un retroceso del mundo. La última hipótesis lleva al ahogamiento del individuo, en la teoría de Lacan, pero el narrador ya no consigue concentrarse ni en la tesis ni en la antítesis, porque ya se siente también con los hijos y con la suegra. Y acepta/hace aceptar por fin que la lluvia, aquella lluvia, una lluvia tan lluvia que [lluvia]³no le alteró nada del mundo, porque apenas volvemos a ser el núcleo de las estrellas, y ya sintiendo dificultad para pensar solo, se siente muchos y se olvida de sí mismos, acostumbándose a aquel flujo perpetuo de Bergson apud Borges, que a fin de cuentas, nada supera la metáfora de un diluvio.